

las ramas de la dialéctica pesada y doctoral. Nos aburríamos todos mucho, no tomamos copas y no pudimos fumar. Ni tampoco mantener una charla abierta sobre un libro que lo es todo menos doctoral y cerrado, que se prestaba a muchas interpretaciones que no se dieron. Pero, a pesar de todo, la novela larguísima —cuatro tomos— de Sánchez-Drágó merece ser leída. ■
EDUARDO HARO IBARS.

Teoría crítica y sociología

La sociología estuvo de moda en la última década del franquismo, dándose una explosión de vocaciones sociológicas manifestada en la asistencia masiva a los centros donde bien, mal, o regular se impartía esa enseñanza. Sin embargo, la mayoría de esas vocaciones se caracterizaban por una cierta irracionalidad, desco-

nociéndose lo que era la sociología. Durante una primera etapa se llegaba a la sociología por la praxis —política, religiosa, social— personal del futuro sociólogo, que buscaba una explicación de los fenómenos en que se veía inmerso, pero más tarde se esperaba que la sociología fuera el instrumento de contestación al contorno social, con el que se estaba en desacuerdo. Así, el descubrimiento de la teoría y la me-

todología sociológicas frustró a muchos de sus partidarios iniciales.

Casi por las mismas razones tuvo lugar una masiva adscripción a la escuela crítica. Sonaba bien, y en España se deseaba contestar y criticar, especialmente cuando nos llegaron los ramalazos del "mayo francés". Pero ni la aparición de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, cuya relación con la verdadera escuela crítica era sólo esporádica o circunstancial, a pesar de sus muchos méritos, ni el surgimiento de muchos sociólogos con interés de criticar a la sociedad, e incluso a la sociología, implicaron que hubiese el suficiente conocimiento de la escuela de Frankfurt, ni de Adorno, ni de Horkheimer.

"Teoría crítica y sociología", escrito por una de las jóvenes promesas de la sociología (1) —y si no, al tiempo—, no se puede decir que sea un trabajo que participe totalmente de la orientación sociológica crítica. Es más bien un conjunto de perspectivas con pretensiones de síntesis, que recogen aspectos de la escuela crítica con sustanciales aportaciones de otras orientaciones sociológicas, que complementan una visión de la situación de las principales corrientes de la teoría sociológica, a lo que añade también su autor, Rodríguez Ibáñez, sus propias consideraciones. Con todo ello no sólo obtenemos un acercamiento al conocimiento de la escuela crítica, en momentos también con cierto sentido crítico, sino que además nos abre perspectivas que permanecían

(1) José Enrique Rodríguez Ibáñez. "Teoría crítica y sociología". Ed. Siglo XXI de España. Madrid, 1978. 177 páginas.

José Enrique Rodríguez Ibáñez.



ADIOS A LAS LETRAS

Entra en la Academia Sueca

Entra Rafael Alberti en el estrecho cenáculo que forman en su local de Madrid los comunistas españoles.

—Pasa, Rafael, que tú siempre eres el presidente.

Pasó Rafael, ayudado por Santiago Carrillo, que rescató su cigarro al tiempo que agarraba del brazo, levemente, a su ilustre y letrado camarada.

Que no, que él no quería sentarse en la presidencia. "Que si hombre —insistía Carrillo—, que donde tú estés está siempre la presidencia".

El proletariado, el teórico y el práctico, siempre se ha logrado inventar sus presidencias, para que las diferencias entre el deseo de poder universalmente compartido y la realidad del poder universalmente restringido no choquen frontalmente.

Alberti se sentó, incómodo, junto a sus camaradas dirigentes, compartiendo por unos minutos ese regusto que sienten los poetas cuando los rescatan de la calle y los sitúan en la presidencia.

Antes Alberti ganaba ángeles, pintura o escanios. Ahora Alberti gana en presencia física, en presidencia, y mirado con esos ojos aguados que una vez trasladó al Parlamento, para sacarlos pronto, como gaditanos espantados.

Ahora ha vuelto, levemente, como aprietan las manos de Carrillo, al redil político.

A él le hubiera gustado volver nimbado por el Nobel, pero sólo dan uno al año para que no haga daño, y Alberti no ha tenido oportunidad de indigestarse aún. Aquí, una vez más, el deseo ha sido burlado por la realidad.

En aquella reunión, posterior a las elecciones generales, y anterior a las municipales, Rafael Alberti rumiaba algo. Se le veía ensimismado, emmorado del aire. Estaba el hombre en trance.

Detrás, de pie, junto a su propio "poster", como un "poster" humano que llevara, físicamente, su voto a trabajar, estaba Ramón Tamames, recorriendo con su mirada de gimnasta feliz el mundo de bolígrafos que anotaban lo que Santiago Carrillo iba diciendo, con su voz de café de antes del almuerzo.

Nadie reparó en Tamames, disfrazado de Violante municipal, era el que tenía en aquel trance a Rafael Alberti. Y Rafael Alberti parecía, en efecto, hallarse en un aprieto.



Rafael Alberti.

Pero le salió, al final le salió. Ramón Tamames le había pedido un poema, como una bendición municipal, para ganar las futuras elecciones municipales.

Hombre obediente y amable, amante de los suyos, Alberti accedió al propósito, y helo ahí, radiante e impreso, el poema que llevaría a Tamames a la Alcaldía. Antes Ramón Tamames escribía novelas para salir de la cárcel, ahora pide poemas para salir de alcalde.

La Academia Sueca podía considerar que el poema que Tamames recibió de Alberti marca un hito en la historia política de España. ¿No premiaban en Estocolmo, a veces con el concurso del ilustre caribeño Justo Jorge Padrón, a los poetas o literatos de países oprimidos, o de aquellos que pasan de la dictadura a la democracia? ¿Y no quedamos en que cuando realmente España será democrática ha de ser cuando culmine lo que se llama en la prensa "este proceso electoral"? Proceso electoral: este país es muy aficionado a los procesos y a los juicios.

Debe estar ya en todas las mesas de la noche electoral del país: "Entra en el Ayuntamiento. / Vota PCE y ese día / todo el sol será Alcaldía, / todo el aire nuevo aliento. / Si sueñas vivir contento, / nunca tu voto derrames / sin saber antes por qué. / Vota por Ramón Tamames, / el alcalde del PCE. / Vota PCE".

Me imagino yo los versos derramados, los votos desparramados. Todo el sol será Alcaldía. ¿Y Alcaldía qué es? ¿Y tú me lo preguntas? Alcaldía eres tú, Ramón. ■ SILVESTRE CODAC.

Signos de admiración

AMARGA MEMORIA

MANUEL ANDUJAR

ESTOS signos de admiración se transmutan en grafito de exclamaciones, interjectiva prosapia y exprimidas rabias: porque pública existencia y destrabada circulación adquieren los versos que, con intacta fuerza, reservaron durante tantos oprobiosos años su ardiente escritura y gallarda rima. Una "memoria amarga" que quizá implique perdón, si tardía nobleza obliga; jamás olvido.

De 1956 a 1977, un poeta (del exilio interior, que empieza a revelarse y debemos descubrir, alrear, para educativa advertencia general y singular aviso de vocingleros incautos) recogió sus acbares, sustentándolos en esperanza indomeñable. Hombre, como todos los de talla completa, de vetas polémicas, objetoras y contradictorias, curtido en asperezas y ternuras, pertenece al género de españoles que, por origen, padecer y experiencia populares, se apartan, radicalmente, de la vasta geografía peninsular del señoritismo carpetovetónico, según el sólido calificativo del maestro Corpus Barga.

La españolidad de lugar —alcarreño— y de casta —artesanal— de nuestro agonista revive las profundas sentencias coloquiales de "Belarmino y Apolonio", la gran novela, en accidental rincón, de Ramón Pérez de Ayala, y proclama un raro, inflexible espíritu de justicia, a tramos rayano en lo fiscal.

Lleva a cuestras "la pena verde que da el silencio de Castilla", y nos habla, la cachava en escarabe de terrones, "de esta soledad tan combatida / donde el odio desvela sus raíces / y la serpiente delatora silba / desde la oscuridad, quitando el sueño".

He aquí, muy verbalizada, la rotundidad ("chulear, pajarear") de una de las más apasionadas y merecidas invectivas del régimen que degradó la condición de España y la personalidad de sus hijos legítimos. Y que cuando apela al símil rudo, agresivo, a la frase restallada y primigenia, es por rechazo de la tiña y la carroña, y del desafiado, en derredor y en sí sufridos.

No tropezamos, por tanto, con esas pautas a las que hubieron de amoldarse otras expresiones ilustres, mediante elipsis y rodeos, circunloquios y saetas, sino que es directa acusación, abierta iracundia. O bien, sin pallativos, el viril desencanto: "Ponemos bellos nombres / a torpes realidades / que a veces suenan alto / —honor, Dios, patria, padre— / y luego están vacíos".

Ocho romances testamentarios —lo notarial en cabeza— que vertebran los poemas adyacentes de la navajeadada circunstancia. Textos de varia extensión, para mí entender y compartir más significativos los concentrados, de cuasi labriega parquedad y tino. Acido fruto de la desgracia instituida, contienen el dolor del socializado escarnio, replican a una actualidad empozoñada, aceptan ese



Ramón de Garciasol.

condicionamiento y desafían a las muertes caedizas. Sin embargo, en la gavilla abundan airadas coplas que vibrarán en cualquier futuro momento, descascaradas de anécdota. Idioma forjado el suyo y de una honda raíz reivindicativa, de la dignidad humana que el cancerante despotismo agredió con sádicas reiteraciones.

De aquella desplegada iniquidad y de sus salpicaduras de vileza nos salva también la voz —profética, misonal, tonante y tronante, a ratos a lo quevedesco emparentable— de Miguel Alonso Calvo, luego Ramón de Garciasol, que escupe a la falsaría "paz de España" su "amarga memoria", enderezada a particular y colectiva meditación: "... ganas de verle / al destino la cara, / de saberle: / por qué pasas, pasamos, / por qué duele / ahí dentro misterio..."

Entre la literatura testimonial que sobre esta aciaga época, la de la dictadura, aún vigente en determinados artilugios y mentalidades, se produjo a usanza marginal y alusiva, o hubo de reconocerse en humillantes calleares, la "Amarga memoria de la paz de España" ventila una serie de imprecaciones, por lo común de orden ético, que reflejan atmósferas y emplazamientos y no rebabas de mostrencos sucesos. Algo más que un libro: la manifestación vital de quien capaz de jocundeces, anclado en límpidos sueños de infancia (que nos aguardan en sus cuentos evocadores, "Las horas de amor y otras horas"), imbuido moralista y peregrino de trascendencias, obligado se vio a crispar los puños y a rechinar los dientes, a caminar, confinado el albedrío, el espíritu consustancial, por el bullicio y vanagloria matritenses.

Ya respira Miguel Alonso Calvo, Ramón de Garciasol, a pleno pulmón, aliviado. Ya rinde fervoroso, renovado tributo, en obra de fresca tinta, a Rubén Darío.

Ante su "Amarga memoria de la paz de España", aprestad los oídos, no apaguéis las luces de la sensibilidad y de la conciencia. ■

desconocidas para el público español, como es el caso el excelente resumen sobre la teoría crítica en los Estados Unidos en su época más reciente. Lo mismo se consigue con otros capítulos, como el referente a la reflexión crítica sobre la acción social, o los relativos a la transición de la ciencia social y al interaccionismo simbólico, enmarcado en los parámetros del pragmatismo y del marxismo, con lo que consigue dar una visión subjetiva, y con lenguaje muy profesionalizado, pero con indudable profundidad y acierto, a unos problemas teórico-sociales que no sólo son problemas del autor, sino que son temas que preocupan a todo aquel que se mueva en discurso de inquietud por la ciencia social.

Quiero hacer especial mención al capítulo denominado Crisis de legitimación y capitalismo avanzado, en el que Rodríguez Ibáñez proyecta, por encima de divagaciones teóricas, sus preocupaciones.

Se trata de un brillante ensayo y ejercicio académico, a la vez que enriquece los conocimientos de todos aquellos aprendices de la sociología, haciendo al mismo tiempo una excelente aportación al necesitado acervo de la sociología hispánica. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

La guerrilla...
"et l'amour"

Un chiste-tópico sobre los franceses propone que, hasta para disertar sobre los elefantes, comienzan diciendo: "L'éléphant et l'amour". Como para reforzar el tópico, Régis Debray, en su segunda novela (1), narra una historia de guerrilleros que pronto revela su verdadero rostro de teorización metafísica sobre las relaciones entre tan arriesgado quehacer y el "amor".

Debray, otrora más o menos enrolado en la guerrilla boliviana del Che, y cautivo algún tiempo de la dictadura militar de La Paz, amén de teorizador en varios opúsculos sobre la necesidad histórica de la guerra de guerrillas en Iberoamérica (el más difundido y mítico fue "Revolución en la revolución"), evolucionó desde su definitivo regreso a la

(1) Régis Debray, La nieve queana. Grjalbo, 1978.